

Tras la presentación del primer número en la Escuela de Arte y Superior de Diseño-EASD, el pasado miércoles 2 de diciembre, (sic) 02/12 continúa dando voz y dejando espacio a las opiniones diversas y los puntos de vista dispares sobre Velluters. El profesor Nicolás S. Durá realiza un trabajo de campo sobre la actualidad de la zona más degradada del barrio y, utilizando como referencia la vida y obra del etnólogo Michel Leiris, traza su personal tesis sobre los cambios del pasado y las deudas pendientes del todavía existente barrio Chino. Salvador Barber relata su infancia y, en especial, sus experiencias posteriores en el barrio que le dio la oportunidad de imaginar todo un universo de referencias y vivencias personales, un microcosmos expandido. Johanna Moreno, por su parte, utiliza Velluters como caso de estudio de una problemática más amplia, que no atiende tanto a especificaciones geográficas como sí a su idiosincrasia en cuanto barrio histórico: la dificultad del encuentro en zonas degradadas donde ha desaparecido o está muy debilitado el entramado social. Francisco Tarazona, desde su experiencia como geriatra, expone el cambio de paradigma que suponen para personas de la tercera edad los cambios sociales y la transformación de su entorno más próximo, incluyendo las fiestas y tradiciones populares.

La intervención gráfica está realizada por el artista Xisco Mensua, quien ha seleccionado una serie de citas de grandes pensadores y escritores agrupadas bajo el título genérico *No Comfort* (Sin consuelo) y que adquieren una lectura específica en este nuevo contexto. A partir de cuatro fotografías de Carlos P. Moreno que muestran la calle Santa Teresa y el Palacio de los Condes de Parcent, derribado en 1966, (sic) ha vuelto a fotografiar con la misma cámara y desde los mismos puntos el mismo lugar, hoy convertido en el jardín y la plaza de Joan de Vilarrasa; un intento de mostrar las similitudes y los cambios de este espacio cuarenta y cuatro años después. Se completa este segundo número con la entrevista al economista y político Ricard Pérez Casado, alcalde de Valencia entre 1979-1988, a cargo de Xavier Aliaga.



## DESOLATION ROAD

Nicolás Sánchez Durá

### Museos y burdeles

No es fácil imaginar un museo –sea este museo– como un burdel. Sin embargo, Michel Leiris afirmó que «en uno y otro lugar se está en cierto modo bajo el signo de la arqueología, y si durante mucho tiempo me gustó el burdel, es porque participa de la Antigüedad debido a su aspecto de mercado de esclavos, de prostitución ritual». Leiris se hizo etnógrafo en una larga expedición de veintitantos meses a través de África al principio de los años treinta. Una expedición, por cierto, que contribuyó al nacimiento de un museo muerto apenas hace cuatro años, el Museo del Hombre de París. El MUVIM le dedicó una exposición el curso pasado, «La Misión etnográfica Dakar-Djibouti, etc...». Sólo el puritanismo de sus comisarios, disfrazado de rigor científico con algunas gotas de oportunismo, puede explicar el escandaloso escamoteo de las motivaciones de Leiris. Pues tras su regreso, confesó que a lo largo del viaje había sufrido una «obsesión erótica creciente», y en su escrito autobiográfico la Edad de Hombre, precisamente donde establece la analogía entre lupanares y museos, describe cómo la sugerencia de su médico de que hiciera un largo

viaje –con el fin de librarse de sus obsesiones sado-masoquistas– contribuyó a que embarcara para África. Con resultados irregulares, al parecer; pues también cuenta cómo en Gondar (Etiopía) se enamoró, después de un largo periodo de castidad, de una mujer etíope de clítoris amputado, tatuada, tres veces viuda, hija de una bruja, sífilítica, posea por varios espíritus a los que hacía responsables de su enfermedad. Con ocasión de un sacrificio, parte de un rito de posesión, le pareció que entre los dos «se establecía una relación más íntima que cualquier tipo de relación carnal». En cuanto a sus amoríos con prostitutas somalíes en Djibouti, Leiris escribió que de esos «amores o irrisorios o desgraciados» conservaba «una impresión paradisiaca».

## NO COMFORT

el alivio la entregaban a su elegida que hacía acopio a lo largo del día. Al final de la jornada las recogía Madame Enriette quien, descontada su parte, pagaba el salario. Abundaba entre los nombres de lupanares y bares la querencia por los lugares lejanos. Al final de la calle Viana, ya cerca de la plaza de la Bocha, estaba el bar Las Vegas, y más tarde, cuando la televisión contribuyó a otras ensoñaciones, El Chaparral. Pero antes fueron mecas El Marsella y La Cava Gitana, éste último en la calle Triador. Al Marsella, no menos que a La Cava, iban los gitanos. Ahora también hay gitanas, pero son rumanas. Como Nikita, que se bebe un café con leche descafeinado en nuestra mesa del Café Coral. Mientras, mi informante, Vicente Puertes, vecino de la calle Quart, me cuenta y yo tomo notas. Nikita es morena, extraordinariamente delgada y de una belleza exótica. Lleva zapatos con plataformas y tacón de metacrilato, tatuajes en brazos, muslos y arriba del tobillo. Alguien le dice que parece Cleopatra, pero no sabe quién es. Ella insiste en que su padre es ruso, quizá en recuerdo del fulgor de un pasado prestigio en Bucarest.

### Arqueología

No lejos de este museo, en el cruce de las calles Maldonado y En Bany, las putas negras esperan hoy a sus clientes. Proviene de lugares cercanos a donde pasó aquella expedición etnográfica en la que Leiris viajaba. Ese cruce lo es también de historias que ellas no conocen. Allí estuvo el eje del barrio Chino de la posguerra. En esa misma esquina estaba el célebre Bar la Mina, abrazado por las dos entradas del cine Palacio: la de butaca, por Maldonado, la de gallinero, por En Bany. En ese cine, también en el Valencia y el Colón de las calles Quart y Carniceros, había pajilleras, mujeres que habían agotado su vida profesional y no conseguían clientes para más. La paja valía un tercio de la

entrada de gallinero, unos 6 céntimos de euro. Frente al Bar La Mina había dos tiendas de gomas higiénicas de mayor aspereza –se conservaban en polvos de talco– que los actuales condones. Una era conocida por el artilugio de su mostrador; un ingenio cuya forma no era muy diferente a los estuches peneanos aportados al museo por la expedición de Leiris. Cuando se compraba una goma la enfundaban en la verga metálica, un mecanismo la hinchaba y, si no había pérdida, podía venderse. La otra era «Gomas Higiénicas La Internacional», pero después de la guerra cambió de nombre –«La Nacional»– por orden gubernativa. También entonces había un cierto gusto por lo exótico. En la calle En Bany estaban el Copacabana y El Chalet del Árabe; un poco más allá, en Viana, el Singapur. En los años cuarenta y cincuenta había muy pocas extranjeras. De haber alguna no podía escapar al gentilicio, como La Húngara; o como una de las casas más caras, arriba del Bar Saratoga, junto a la entrada de gallinero del Palacio, Las Francesas, propiedad de Madame Enriette, que se dice fue amante de Panderola, el de los carruajes de pompas fúnebres. Las Francesas era propiamente un burdel, la mujeres se sentaban en sillas contra la pared. Los clientes pagaban una ficha de lata en una ventanilla. Antes de empezar

el alivio la entregaban a su elegida que hacía acopio a lo largo del día. Al final de la jornada las recogía Madame Enriette quien, descontada su parte, pagaba el salario.

Abundaba entre los nombres de lupanares y bares la querencia por los lugares lejanos. Al final de la calle Viana, ya cerca de la plaza de la Bocha, estaba el bar Las Vegas, y más tarde, cuando la televisión contribuyó a otras ensoñaciones, El Chaparral. Pero antes fueron mecas El Marsella y La Cava Gitana, éste último en la calle Triador. Al Marsella, no menos que a La Cava, iban los gitanos. Ahora también hay gitanas, pero son rumanas. Como Nikita, que se bebe un café con leche descafeinado en nuestra mesa del Café Coral. Mientras, mi informante, Vicente Puertes, vecino de la calle Quart, me cuenta y yo tomo notas. Nikita es morena, extraordinariamente delgada y de una belleza exótica. Lleva zapatos con plataformas y tacón de metacrilato, tatuajes en brazos, muslos y arriba del tobillo. Alguien le dice que parece Cleopatra, pero no sabe quién es. Ella insiste en que su padre es ruso, quizá en recuerdo del fulgor de un pasado prestigio en Bucarest.

El Café Coral no es un bar de putas, alguna va allí a tomar algo, pero no es un bar de putas. Hace esquina entre las calles Balmes y Viana. Todo el puterío en su derredor ha cambiado de nombre, de aspecto, de dueños... el Coral no. Teresita, que lo atiende, no sabe decir desde cuándo está abierto. Remite a sus suegros, que ya estaban allí cuando casó, pero hace tantos años que oculta la fecha. El Coral es

### 02/12

10.12.09  
societat i cultura

MUVIM, Velluters  
03.12.09-18.02.10  
www.societaticultura.org

Publicación periódica sobre el barrio de Velluters, Valencia, realizada con motivo del proyecto expositivo (sic) *societat i cultura*, organizado por el MUVIM entre el 17 de diciembre de 2009 y el 14 de febrero de 2010. Doce números semanales donde poder analizar la sociedad desde una perspectiva cultural, reflejando la memoria de los lugares a través de la gente, sus opiniones y sus historias.

**Organiza:** MUVIM. Museu Valencià de la Il·lustració i la Modernitat, Diputació de València.

**Editor:** Carlos Pérez. Responsable de exposiciones del MUVIM.

**Director:** Álvaro de los Ángeles. Comisario del proyecto (sic) *societat i cultura*.

**Coordinadora:** María José Hueso. Conservadora del MUVIM.

**Diseño gráfico y maquetación:** ESTABLIMENT.ORG

**Tipografía:** SicFont realizada por ESTABLIMENT.ORG específicamente para (sic) *societat i cultura*.

**Mobiliario exposición:** Xavier Arenós.

**Impresión:** Mediterráneo Proceso Gráfico.

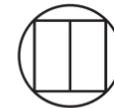
**Colaboran en este número:** Xavier Aliaga (escritor y periodista), Antonio Ballesteros (ilustrador), Salvador Barber (periodista), Johanna Moreno Caplliure (crítica de arte y comisaria de exposiciones), Xisco Mensua (artista plástico), Carlos P. Moreno (fotógrafo), Nicolás Sánchez Durá (profesor de Filosofía), Francisco Tarazona (geriatra).

**Tirada:** 4000 ejemplares.  
**Publicación gratuita.**

La organización no se hace responsable de las opiniones vertidas por sus colaboradores.



OPINIÓ



ARTÍCULO



ENTREVISTA

frío, inhóspito, con mucho azulero. Cuando se encienden los neones, al irse la luz que entra por los grandes ventanales, tiene aire de morgue. Tere ha sido fallera mayor de la calle La Barraca del Cabanyal. También se ufana de desfilar como longina en la procesión de Semana Santa. De forma inexplicable, al verme tomar notas de la conversación, nos saca sus trajes procesionales. Mirando a Nikita sentada en nuestra mesa con su vaso, afirma rotundamente que «las de ahora no son auténticas». En la pared del fondo cuelga un cartón enmarcado con una panoplia de fotos de Finezas, el hijo de quien fotografió Valencia durante la Guerra Civil. Es de la final de la Copa de S. E. El Generalísimo en el Chamartín, el 20-VI-1954. La leyenda reza «Los campeones a su viejo capitán Mundo». De pronto, como si una de las fotos se hiciera realidad animada, aparece Fandos, el árbitro

**«Es necesario saber que la contienda es universal y la discordia justicia, y todo se genera por discordia y necesidad.»**

Heráclito

internacional «de la época de Guruzeta y todos aquéllos». Con autoridad no discutida por los parroquianos comenta los posibles fichajes de Villa. En ese paisaje de ruínas, con una oportunidad metafórica que hace el hecho inverosímil, súbitamente se desmorona una casa de Balmes cuya trasera recae a Viana, a la altura de donde estaba El Palacio de El Rápido. Los bomberos cierran la calle. Las mujeres salen consternadas de los bares. Más difícil todavía.

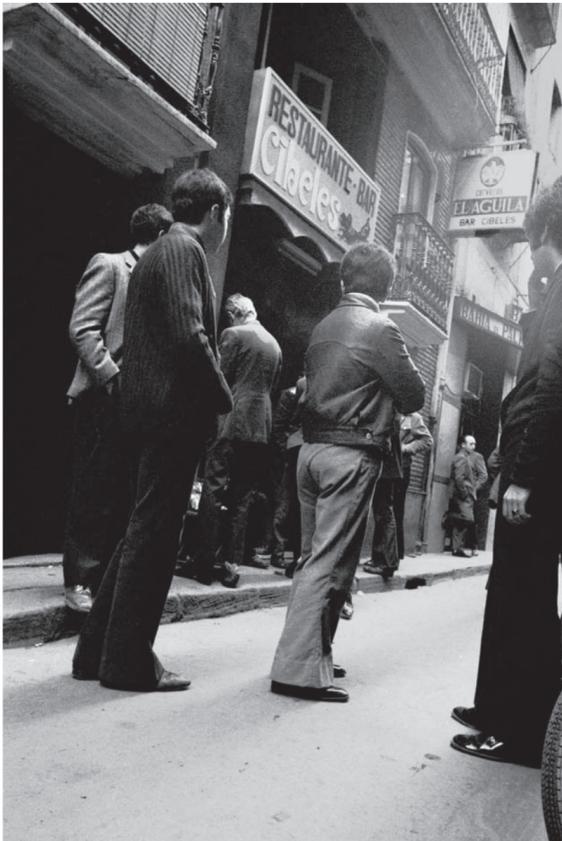
Las putas negras que se colocan donde estaban La Mina y Gomas Higiénicas La Internacional nada saben de lo que fue el lugar que ahora frecuentan, menos aún de las gentes que lo vivían. Tampoco saben representarse en una cartografía mental de dónde vienen, el camino que hicieron tanto para llegar aquí como para volver a casa, si es que alguna vez lo consiguen. No es fácil hablar con ellas: el idioma, el chulo mafioso, la mujer que las vigila haciendo la ronda, el miedo a la policía lo hacen difícil. Sólo una de ellas me dice su nombre, o por lo menos dice uno, Sofía, de Lagos, Nigeria; otras dos, una de Accra, Ghana, la otra de Camerún, lo guardan más celosamente que su entrepierna. Sólo Sofía me dice su etnónimo, es yoruba. Entre ellas no se entienden más que en inglés. La que dice proceder de Camerún debe ser de la parte occidental, junto a Nigeria, una franja que estuvo algunas décadas bajo mandato inglés, de otra forma hablaría francés. Pero eso lo deduzco yo, no me lo dice ella. Cobran 25 euros por servicio y esa cantidad debo ir sumando a medida que avanza una conversación en la que mienten descaradamente. Son tan distantes y silentes como la multitud de objetos etnográficos que trajeron Leiris y sus compañeros para el Museo del Trocadero, más tarde Museo del Hombre. Aquellos objetos

debían ser testigos de las culturas que los fabricaron, pero fueron tantos y tan rápidamente recolectados, tan evasivos los informantes que tenían que proporcionar la información imprescindible, que la mayoría de ellos guarda su secreto para siempre en las bodegas del museo. En el diario de su viaje, el *África Fantasma*, Leiris describe su desespero al constatar cómo los nativos también les mentían sin cesar. Una forma de resistencia frente al intruso —y sus coartadas— como tantas otras.

Cuando el apogeo de La Mina, el Singapur, Marsella, Bar Toledo, el Romeo, El Bolero, Perlita, el Madrid o el Puerta de Hierro —en la calles mencionadas más las de Torno del Hospital o Recaredo— se alternaban con carbonerías para el carbón de los braseros, casas de venta de hielo, tiendas de comestibles o lecherías. Ahora no hay ni un solo comercio. Leiris dejó escrito: «Lo que más me impresiona de la prostitución es su carácter religioso: la ceremonia de captar o recibir al cliente, la fijeza del decorado, el acto metódico de desnudarse, la ofrenda del presente, el rito de las abluciones y el lenguaje convencional de las prostitutas: palabras mecánicas, pronunciadas con un objetivo tan consagrado por la costumbre que, incluso, ya no se puede calificar de 'calculado' y parecen proceder de la eternidad. Esto me emociona tanto como los ritos nupciales de algunos folclores, sin duda porque en ellos encontramos el mismo elemento primitivo y ancestral». Nótese los términos que el original etnógrafo



Barrio Chino (Valencia 1972). Joaquín Collado.



Barrio Chino (Valencia 1972). Joaquín Collado.

y ensayista escoge, sin duda para corroborar tendenciosamente su primera afirmación acerca del carácter religioso de la prostitución: el conseguir un cliente es una «ceremonia», la puta se desnuda «metódicamente», el pago del polvo es una «ofrenda», el lavatorio en el bidet se convierte en una ablución ritual y las frases pronunciadas —«métemela toda», etc.— ya no apuntan al cálculo (de la excitación, para apresurar la corrida), sino que se transmutan en fórmulas rituales que expresan —junto a todo lo demás— un fondo «primitivo y ancestral». Leiris escribe poco más de una década antes de los tiempos de La Mina ¿era así entonces? ¿fue la vida de la Correa, la Camión, Caballo Loco, la Viruta, la Muda, la Molina con su querido el boxeador, la Lili que casó con Sansón pero mantuvo su chulo el *Chorvo*, de Isabel la Gorda, querida de un policía armada, cuyo cuñado paseaba el anuncio del cine Español de la calle Socorro tirado por un burro, fue así su vida, una mezcla ponderada de lo sacro del puterío y lo profano del brasero, el hielo y la comida de ultramarinos?

La Isabel tuvo dos hijos y los vendió. La Maxi, que trabajaba en uno de los pisos de la calle Vinatea, murió de cáncer, desasistida. La Delirio, famosa porque podía beber grandes cantidades de alcohol sin emborracharse, acabó loca y muerta en el manicomio. La Maña, querida de un comisario de policía, lo intentó envenenar —antes había apuñalado a una mujer— y fue a la cárcel. A la Pepita la mataron en el Bar la Mina; más tarde sus dos hijas, heroinómanas, hicieron la calle. La Martillo, que trabajaba en el Marsella, se

suicidó, voló directamente al asfalto desde un tercer piso. A Juanita la Lagartera, conocida timadora, la detuvieron cuando ya se creía a salvo y murió abandonada. Alguna intentó escapar, pero no siempre la suerte acompaña. Fue el caso de la Cuki del Puerta de Hierro. Al día siguiente de casarse se fugó con su chulo a Francia. En Marsella, por robar unos jamones, la detuvieron y acabó en

Burdel: mercado de esclavos, lugar ritual, fondo primitivo y ancestral, desnudez, combate, violencia sanguinaria ¿conviene todos esos predicados al museo? Bueno, hay muchos museos. Seguramente Leiris estaba pensando sólo en algún tipo, de Arqueología, por ejemplo; quizá sin saberlo también en los de Etnología, con la que siempre tuvo una relación conflictiva.



Barrio Chino (Valencia 1972). Joaquín Collado.

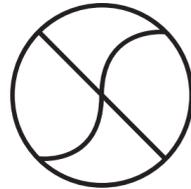
el talego. No parece que las putas negras de África occidental vayan a tener mayor fortuna. Cuando Leiris prosigue su asociación entre museos y lupanares afirma que para él la idea de *Antigüedad* está ligada a la de *desnudez*, «aunque con ésta última se mezcla una cierta crueldad». Pero el lugar de la prostitución, como el de la guerra, también tiene para él un «elemento épico», pues expresa «el carácter de violencia sanguinaria» que no puede evitar atribuir a lo que llama el «combate de los sexos».



Fachada del Bar Coral en la actualidad.

Tras las muchas guerras El 1 de Mayo de 1932, desde Gedaref, cerca de la frontera de Etiopía, camino de Gondar, donde encontraría a su posesa sifilítica, Leiris escribió una carta a su amigo Bataille. Le dice que después de andar un año atravesando África del Atlántico al Índico, lo principal que puede decirle es que siempre se encuentran bastantes cosas idénticas a las de Europa, y concluye: «Lo más atractivo es deambular y entrar en contacto con un número considerable de muestras de humanidad (blanca o negra) muy variadas. Es decir, romper el círculo». Al final de la calle Viana, a la derecha, después de un zig-zag, donde estuvo la plaza de la Bocha y los desocupados jugaban a esa suerte de bolos, empieza la calle de Arolas. Allí, en ambas aceras, hay dos edificios de nueva planta, sedes del Centro de evaluación y orientación de discapacitados de la Consellería de Bienestar Social. Los diferentes inválidos que esperan en la calle fumando, repasando los formularios y la documentación, acuden para solicitar la declaración de discapacidad o para refugiarse en el Centro de día. Cuando voy a tramitar la que me otorgarán, una mujer de

mediana edad, que debió ser guapa antes de que el dolor le estragara la mirada, arrastra una pierna y mira desolada su muleta. Dos hombres de unos treinta años, en estado precario, se besan en la boca. Uno de ellos parece que intenta animar o consolar al otro. Una señora mayor camina a pasitos extraordinariamente cortos. El día es soleado, pero la calle, quizá debido al reflejo en las fachadas de esos dos edificios, tiene una luz gris metálico. La urbanización es nueva, la gente no. El cruce de Maldonado y En Bany, donde hoy están las putas negras, Sofía y sus colegas sin nombre, es el epicentro de una explosión de pesar cuyas ondas no se amortiguan a medida que nos alejamos. Todo el barrio tiene el aspecto de esas ciudades masivamente destruidas por una guerra —pienso en Varsovia— donde la reconstrucción parcial no logra abolir el carácter de ruina. Los que viven el barrio no miran lo destruido: ni las casas, ni las personas. Los que cruzan esas calles por azar o necesidad, sí. Se diría que participan de la idea de belleza de Leiris. Un día, en África, anotó sobre sí mismo en su diario: «Vida que yo querría infinitamente vasta, pero cuya sola belleza será, quizás, haber sido, en ciertos aspectos, infinitamente devastada». Como en algunos museos, como esta parte de la ciudad, como nuestras vidas.



## INCURRIR EN LO IMPOSIBLE, EL ENCUENTRO

Johanna Moreno Caplliure

Desde hace algún tiempo podemos medir las relaciones que se nos dan —ya sean sociales, económicas, políticas...— bajo la sintomatología de un «estado de excepción». Vivimos fuera de la regularidad que la tradición y la historia nos imponía. No obstante, la cuestión de la excepcionalidad nos sitúa en un orden mundial que opera a gran escala y se instala en la vida cotidiana de todos. De aquí que la práctica más habitual en nuestro entorno sea la de alzar barreras profilácticas contra todo aquello que suponemos agente patógeno para la conservación de nuestras vidas.

Así pues, observo que el orden opera bajo la inmunidad y vulnerabilidad de ciertos barrios. La inmunidad parece un gesto de protección, pero en realidad no es más que la exclusión del resto. Es decir, de la vida en comunidad. Pienso en como se presenta un barrio que es enfermo, bajo el supuesto de inmunidad, hasta la expulsión de la red de convivencia por miedo al «contagio». El barrio puede ser Velluters, pero también —en otros momentos o al mismo tiempo— lo es el Cabañal, la Malvarrosa, o Ruzafa por

ofrecer algún nombre. Estos barrios se presentan sujetos a un estigma: el contagio al otro. Pero igualmente, en el interior del barrio los vecinos adoptan prevenciones ante el riesgo de salir afuera, de vivir en comunidad. Así, la ley imperante es el miedo y el malestar instilado en nuestra experiencia.

Nuestras vidas se han vuelto pobres, nuestra experiencia se ha empobrecido. De esta misma manera, Walter Benjamin describía la vuelta muda de los soldados en la 1ª Guerra Mundial, así como la vida en las ciudades que destruidas se enfrentaban a los cambios técnicos, mercantilización extrema, totalitarismos... bajo el mayor de los silencios; aquél que se da con la pérdida. Hoy mismo hablamos de la pérdida de nuestros hogares y vidas: expropiación y degradación de un barrio, pero también de nuestra dignidad. Todas éstas son formas de dar nombre a la precarización de la vida.

La lucha ya no es contra un «esto es lo que hay». La vida nos dice que realmente «esto no es sólo lo que hay», sino que lo que hay está por venir. Este devenir no es un *venir-esperanza*, *venir-utópico*, *venir-resignado*. Sino que para nosotros es un salir afuera de nuestras vidas, que no es otra cosa, como decía anteriormente, que vivir la experiencia de la comunidad.

Por todo esto, siento —abandonando cualquier ideal comunitarista— que el mayor riesgo y foco de contagio que debemos asumir es el de la propia comunidad. Una comunidad que, como muchos han intentado definir (Nancy, Blanchot o Esposito) no es fácil de presentar como tal, ya que su mayor secreto está en su imposibilidad constitutiva. Sin embargo, es esta comunidad imposible la que me hace creer que todavía existe la posibilidad para cambiar.

**«Hay que conceder poca importancia a la opinión de aquellos que condenan algo, pero no hacen todo lo necesario para acabar con ello o, en su defecto, para mostrarse siempre tan ajenos como todavía les sea posible.»**

Guy Debord

Cuando pienso en esta comunidad lo hago desde la imagen potente que el dramaturgo y director de teatro Jerzy Grotowski ofrece sobre la experiencia del actor con el público: la experiencia del *encuentro*. El *encuentro* es un breve acontecimiento intenso, eficaz y, a veces, incomprensible al situarse fuera del orden establecido.

En estos barrios el *encuentro* viene, en ciertas ocasiones, inducido por la rehabilitación de ciertas zonas con jardines, plazas o también edificios públicos y privados que intentan reavivar las relaciones vecinales. En algunos casos estos elementos facilitan la regeneración del movimiento entre las personas,

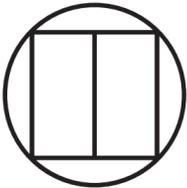
aunque es cierto que no es suficiente. El *encuentro* en su mayor vivacidad se da de otra manera: por medio de las pequeñas acciones de cada día. Por este motivo, me gusta pensar que existen algunos espacios como lugares para la activación de la comunidad. No se trata de espacios determinados por una acción de antemano, sino de un fluir de la vecindad. Todos sabemos bien que la vida no se hace en los espacios que se nos designan para convivir, sino que la vida fluye por cada uno de los callejones, esquinas, solares, tiendas, grietas en los que nos aproximamos al otro.

**«Hay personas muy listas que opinan que, cerrando obstinadamente los ojos ante una cosa, ésta ya no existe en el mundo.»**

**Nietzsche**

Por lo tanto, salir a la calle, celebrar una fiesta, hablar con el que pasa, compartir el malestar; en fin, interrumpir el movimiento cotidiano por el fluir de la vecindad es una posible propuesta de activación de los espacios a partir de este nuevo intento de comunidad.

Después de esto, podemos decir que el *encuentro* es la comunidad, un «nosotros», que se traduce en el intento de «hacer barrio», recuperar una forma de vida, rescatar la dignidad, perder el miedo, querer vivir.



## ANCIANIDAD Y UBICACIÓN

Paco Tarazona

El barrio de Velluters nace extramuros y no se incorpora a la ciudad hasta que, con la nueva muralla del s. XIV, se integra en lo que conocemos actualmente como Ciutat Vella. A lo largo del s. XV se instalarán en esta ubicación los artesanos textiles de la seda los cuales le darán nombre y cuyo edificio insignia, el Colegio Mayor de la Seda, languidece ante la indiferencia colectiva. Su apogeo se mantendrá hasta 1864. Desde esa fecha, la mecanización francesa de los telares provoca un descenso considerable de la actividad. Parte de estos desempleados serán recolocados desde el 20 de febrero de 1865 en el derribo de las viejas murallas. El golpe definitivo a la industria sedera lo proporcionará la invención de la seda artificial por el conde Hilaire de Chardonnet, en 1884; episodio excelsamente narrado por Vicente Blasco Ibáñez en *Arroz y tartana*. Este mismo caso *intramurs* es el que vive la población anciana en las grandes urbes.

Es curioso que, tomando como referencia el nacimiento del barrio y la fecha de su crepúsculo, la esperanza de vida del ser humano

estuviera anclada sobre los treinta años. Sin embargo, a partir de 1928, con el descubrimiento de la penicilina por Alexander Fleming y el posterior desarrollo de las terapias antibióticas, antifúngicas y antivirales, la esperanza de vida actual para la misma ubicación se sitúa en los 80,23 años –76,96 en varones y 83,48 en mujeres– según los datos del Observatorio del SNS de 2007. Este dato, que debería ser motivo de júbilo, asocia unos condicionantes negativos intrínsecos y también extrínsecos. Entre los primeros cabe destacar el aumento,

como consecuencia del descenso de la mortalidad por causas infecciosas, de las enfermedades oncológicas, cardiovasculares y un tercer grupo con menor mortalidad conatural pero con mayor dependencia asociada como son las enfermedades neurodegenerativas de las que la enfermedad de Alzheimer y la enfermedad de Parkinson son dos ejemplos ampliamente conocidos. Sin embargo hay otras noxas que adolecen de esta notoriedad y que significan auténticos perjuicios tanto vitales como sobre la calidad de vida. Una de ellas es la fractura de cadera. En 1985 aparecía un artículo en la revista médica *The Lancet* (Boyce WJ; 1985) que describe el fenómeno epidémico que afectaba principalmente a mujeres mayores de 65 años. En 1990 se cifró la incidencia mundial de fracturas de cadera en 1,26 millones y se estima que se incrementará hasta alcanzar los 2,6 millones en 2025 y los 6,26 millones anuales en 2050 (Cooper C; Osteoporosis Int 1992). Estas cifras son, como la mayoría de estadísticas, fríos números de los que con tanta frecuencia nos bombardean y más si de una cita electoral se trata. Sin embargo, si añadimos que la mortalidad intrahospitalaria se encuentra alrededor de 5-8 % y al año fallece entre un 25 y 30 % (Hannan EL; JAMA 2001) de los pacientes afectos la idea de la peligrosidad del evento queda más clara; si además detallamos lo poco más de la mitad recuperará su capacidad funcional y su nivel de actividad previos y que poco menos de la mitad recuperará su independencia en las actividades básicas de la vida diaria como vestirse, calzarse, asearse, bañarse, ir al retrete o comer solo y menos de un tercio (Alarcon T; An Med Interna 2004) mantendrá su nivel basal de actividades instrumentales como son el uso del teléfono, la realización de la compra y los cuidados de la casa, cocinar, gestionar su medicación y sus recursos económicos, nos encontramos ante la verdadera dimensión de un problema que es potencialmente evitable. Lo mismo sucede con la fragilidad, estado asociado al envejecimiento, caracterizado por una disminución de la capacidad funcional. En definitiva, un síndrome clínico reversible y caracterizado por los siguientes síntomas y signos: fatiga crónica auto declarada, debilidad, inactividad, disminución de la velocidad de la

marcha y pérdida de peso (Fried LG; J. Gerontol 2001). La importancia de este síndrome es, en buena medida, generada por su asociación a la discapacidad y, por lo tanto, a una palabra mediática: DEPENDENCIA.

Estos factores intrínsecos, asociados a la pérdida del rol del adulto mayor en esta sociedad, como el principal de los extrínsecos, aislan a este sustrato de edad; el cual aún está en disposición de aportar sus conocimientos y experiencia vital –sirva como ejemplo la iniciativa SECOT: Seniors Españoles para la Cooperación Técnica cuya sede en Valencia se encuentra en la calle Pie de la Cruz número 19, en pleno barrio de Velluters–. No obstante, este destierro no debe extrañar cuando un adulto de más de 45 ó 50 años casi tiene que pedir perdón por solicitar empleo. Los vertiginosos avances de la sociedad tecnológica, que no científica, en la que vivimos marginan su obsoleta capacidad al ostracismo y la frustración. La misma inhóspita vivencia siente una gran parte de los ancianos en las grandes urbes.



Centro de día de La Residencia Tercera Edad Velluters, calle del Bany.

Así, jubilados que han coexistido con el desarrollo de un barrio se convierten en víctimas de su expansión, la cual ejecuta sumariamente los nexos y vínculos sociales adquiridos, generando perplejidad, retraimiento y misantropía. Y son estas mismas personas, no lo olvidemos, las que ancestralmente se han encargado de cohesionar esos mismos barrios mediante festividades religiosas, como las dedicadas a Santa Águeda en la ermita de Santa Lúcia –cuyo edificio fenecce y será cerrado si su cofradía no consigue el dinero necesario para su restauración–, el



Fachada principal de la ermita de Santa Lúcia, calle Hospital.

altar de Sant Vicent de la plaza del Pilar, ambas en el propio barrio de Velluters. También los vecinos del barrio de El Carmen, con festividad al beato Gaspar Bono desde 1786 en su natalicia calle Cañete heredada de padres a hijos, o la de Sant Bult en el barrio de la Xerea desde 1238,

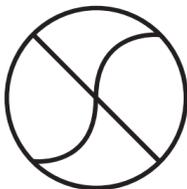


Atzacut de la calle Cañete, fiestas en honor del beato Gaspar Bono.

se enfrentan al difícil reto de acaparar adhesiones entre los nuevos integrantes del barrio que los miran con indiferencia. Lo mismo sucede con otras asociaciones cívicas o culturales tradicionalmente implantadas.

Ante esta situación caben actuaciones acertadas, como las edificaciones sociales de la calle Guillem Sorolla, a través de las cuales se evite la entrada del adulto mayor en el círculo vicioso de la fragilidad y su fracaso absoluto, en forma de consecuencia nefasta, la dependencia; sobre la cual pondremos parches en forma de *almoines* –limosnas– (usando la valenciana lengua), obligando a familiares a sentirse *captadors* –mendigos– de recursos y peregrinos desvalidos de la ayuda pública.

El éxito global depende, en gran medida, de la coordinación de los recursos sociales y sanitarios de las distintas administraciones, evitando que la excesiva burocratización de nuestras instituciones lastre la premura necesaria para el desarrollo de las acciones. Ni todo está por hacer, ni todo lo hecho está mal; la crítica ha de ser cívica. Los programas educativos y deportivos encaminados a mantener activo al adulto mayor son un ejemplo positivo; el cual debe ser complementado con un número suficiente de plazas en centros de día, la descentralización de los recursos sanitarios, mayor coordinación de los niveles asistenciales y sociales para que la detección precoz de los síndromes geriátricos no sea una utopía. Además, una educación ciudadana que ensalce el importante rol social de este colectivo es vital en la sociedad del usar y tirar. El éxito de las medidas y los programas redundará positivamente en la articulación de los barrios históricos, los cuales escriben su futuro a diario.



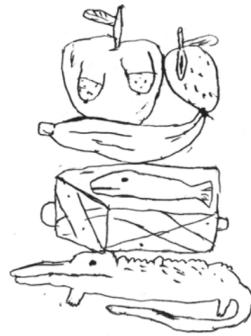
## VELLUTERS, EL MUNDO A MI ALCANCE

Salvador Barber

Velluters fue el barrio de mi niñez y adolescencia. Una galaxia inserta en el cosmos nebuloso que era Valencia, al que realizábamos salidas, como mucho semanales, para visitar a parientes y adquirir la percepción de

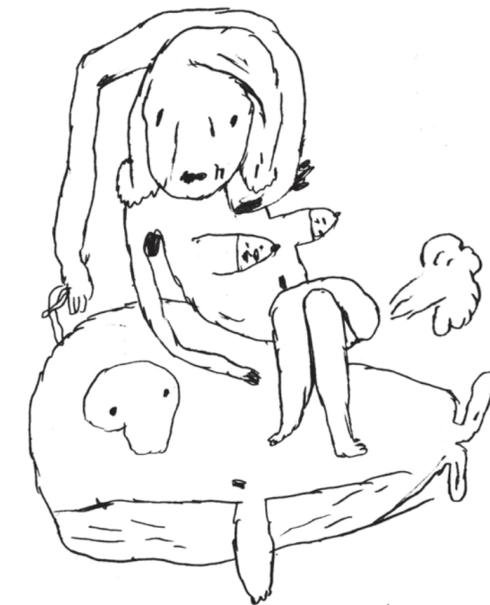
que había vida, –un cocodrilo en una tienda y espejos deformantes, casi un parque de atracciones–, en el que parecía remoto resto de la ciudad.

Nuestra galaxia –escuchábamos en la radio las aventuras de Diego Valor, el piloto del futuro– estaba delimitada por Guillén de Castro, a la que algunos mayores seguían llamando «la carretera», y la avenida del Oeste. Entre aquellas dos arterias, tierras fronterizas y como tal peligrosas, trascurríeron mis primeros años.



Guillén de Castro era una frontera brava, donde el tranvía cinco, «el pájaro azul», descuartizaba de tanto en tanto ancianas y suicidas que «La Pepa», el carro del Anatómico Forense, retiraba en un instante, ya que el Depósito de cadáveres estaba allí mismo como bisagra con la otra frontera: la calle del Hospital.

La trepidante avenida del Oeste, junto al mercado, era un mundo abigarrado de carros de hortelanos, pilas de cajas de pescado, montañas de melones y enormes ramos de plátanos, que permitían al niño intuir la existencia de latitudes



exóticas y manjares tan extravagantes y sugestivos como la mantequilla de tres colores. Empezar grandes aventuras por aquel laberinto de puestos de salazones, paradas de caracoles, montañas de coliflores y chacinerías, que por Navidad exhibían cabezas de cerdo con bombillitas en

las cuencas de los ojos, solía tener el premio de acceder hasta el sótano. Algo así como el fondo de la mar oceánica, donde yacían sobre hielo picado todas las especies imaginables de animales marinos. Hecho a aquella diversidad submarina, décadas después, los programas de Cousteau no fueron para mí sino un *déjà vu* en movimiento, donde las rozagantes pescaderas de mandil blanco se habían sustituido por hombres rana.

Ninguno de mis amigos olvidará el excitante día en el que, junto al mercado, se instaló un cercado de lonas donde se exhibió por un breve tiempo un cachalote mal disecado que se anunciaba como la ballena *Mobby Dick*. La alegría duró poco. Hubieron de retirar al cetáceo, deprisa y corriendo, en cuanto empezó a descomponerse con una pestilencia que todavía me parece percibir.

Más allá de nuestras furtivas escapadas a los arriesgados terrenos fronterizos, en nuestra galaxia Velluters, los niños podíamos movernos con cierta segura libertad, sin más veto que adentrarnos en el agujero negro que era el barrio Chino. En aquella enrevesada trama de callejones flanqueados de tugurios, siempre había mucho ambiente. Hombres paseando mirando no entendíamos bien qué y señoras fumando en las puertas de los bares, que según averiguamos investigando en un diccionario eran prostitutas o rameras. Mujeres de la vida, o de vida alegre, escuchábamos a veces a los mayores. Sugestivo sinónimo en un tiempo de muertes tempranas y lutos eternos.

La rigurosa prohibición de adentrarnos en el agujero negro del barrio, constituía en sí misma la mayor atracción. En aquellos

que olían a zotal, orín de gato y gas ciudad era un juego que a veces practicábamos, escapados del recreo de los Escolapios, hasta ser ahuyentados con palabras gruesas por unas señoras que había allí enfundadas en recatadas combinaciones de satén, –visos, les llamanab– cenit del erotismo de la época.

De la galaxia Velluters, –en la infancia me parecía tan inmenso que me queda corto llamarle barrio–, mi epicentro era la calle de Carniceros. Allí estaban la empresa familiar, el colegio y los amigos. Y todo un esquema social, como una maqueta a escala del planeta. El taller perfecto y real para que fuéramos adiestrándonos en el conocimiento del mundo.



Si en los Escolapios nos instruían en las enseñanzas regladas –con especial incomprensible hincapié en la lista de los Reyes Godos–, en la calle complementábamos la formación. Ahora, a la vuelta de los años, ignoro cómo hubiera sido mi percepción del mundo sin aquella escuela del barrio. Seguro que diferente e infinitamente más pobre y sesgada.

En Velluters se tejían las clases sociales, desde la media a la pobreza –otra cosa no había–, y se muestreaban todos los oficios. Se estructuraban los grupos de amigos y entre el colegio y la calle te socializabas. Hasta se hablaba en voz baja y medias palabras de política, porque allí convivían en ejemplar armonía falangistas vencedores, que en los días de gala acudían engominados hacia el centro con correajes lustrosos, y rojos que disimulaban sus ideas encorvados en el quehacer meticuloso de distintas artesanías.

Mi primera visión del mundo fue Velluters. Las siguientes casi han carecido de importancia. Han sido repeticiones de aquello, a mayor escala.

**«El simulacro del arte es una herramienta de las pasiones. El efecto encontraría en el producto del arte la expresión de su fantasma.»**

**Pierre Klossowski**

## INTERVENCIÓN 02/12 Xisco Mensua

La colaboración gráfica de Xisco Mensua para (sic) 02/12 se compone de una selección de citas de diversos autores. Desde Heráclito a Franz Kafka, de Frederich Nietzsche a Guy Debord, Shakespeare, Pierre Klossowski o Samuel Beckett, estos pequeños extractos abundan en la idea derivada del título de la intervención *NO COMFORT* (sin consuelo). Se establece una relación directa entre cada cita y el conjunto de Velluters, un barrio que, como se analiza en los diferentes números de (sic), sigue sufriendo el estigma de las mafias de la prostitución y la marginalidad pese al empeño vecinal en erradicarlas. Por otro lado, las políticas sociales, la cultura y su gestión y el arte contemporáneo en particular son cuestionados de una manera más o menos velada. El artista Xisco Mensua actúa como editor selectivo de textos para analizar y definir un sentimiento común, ubicando en un nuevo contexto las frases de esos grandes escritores para otorgarles ahora un sentido específico. Según el artista, su labor ha sido más bien la del becario al que le encargan buscar frases célebres que acompañen los textos de opinión y las diferentes secciones de la publicación. La intervención se compone del título, ubicado en la página 9 de (sic) y siete citas escritas en rojo y enmarcadas que ocupan cada una de las sucesivas páginas de este número.

Xisco Mensua (Barcelona, 1960). Su recorrido artístico es denso y su coherencia productiva, prospectiva e inalterable, tal vez sea su principal característica y su mayor valor. Sus planteamientos estéticos emplean el dibujo, la pintura o los collages de fotografías o fotocopias mezclados con dibujos, junto con el inseparable apoyo de las citas, en ocasiones escritas sobre los papeles y muchas otras pintadas sobre los lienzos. El texto deviene imagen en su obra y las imágenes pueden verse como versiones de un mismo texto que aparecen de formas distintas para representar las variadas y moldeables obsesiones de la representación. En el trabajo de Xisco Mensua, nada está exento de la ironía, el doble sentido o el juego de relaciones cruzadas entre imágenes derivadas de la publicidad o la cultura popular y los textos de grandes maestros de las letras o las obras de arte enciclopédicas. Entre las numerosas series realizadas por el autor, cabe destacar *Epiologo*, el conjunto de 32 dibujos de *Informe para una Academia*, seleccionada en Manifiesta 7, o *Así éramos*. Expone individualmente desde 1990.

## 44 AÑOS NO ES NADA

Las parejas de imágenes que conforman esta página representan el mismo lugar cuarenta y cuatro años después. Las situadas en la parte superior de cada bloque están realizadas por el fotógrafo Carlos P. Moreno en 1965, justo antes del derribo del palacio de los condes de Parcent, que se ubicaba en la calle Santa Teresa. Las colocadas bajo éstas están realizadas en 2009. En el lugar que ocupó el palacio se construyó un aparcamiento subterráneo (denominado parking de Parcent) y el jardín del mismo nombre que puede visitarse en la actualidad. Un edificio de oficinas cuya fachada principal

recae a la plaza Ciudad de Brujas completó la "reordenación" del solar. La puerta enrejada que da acceso al jardín, rotulada con el nombre, no correspondía a la fachada principal del edificio, sino a una entrada al mismo por la calle lateral San Juan de Vilarrasa, que es el nombre actual de la plaza que acoge el jardín.

Las fotografías actuales están tomadas con la propia cámara de medio formato del fotógrafo Carlos P. Moreno, una Rolleiflex T fabricada en 1959 y se ha empleado una película Kodak Tri X, muy similar a la utilizada entonces. Este ejercicio de memoria y constatación de un cambio y una desaparición quiere plantearse como un eco de un mismo lugar sobre



1965. Antiguo palacio de los Condes de Parcent en la calle Santa Teresa. Fotografía de Carlos P. Moreno



1965. Antiguo palacio de Parcent visto desde la confluencia de las calles Santa Teresa y Juan de Vilarrasa. Fotografía de Carlos P. Moreno



2009. Jardín de Parcent en la confluencia entre la calle Santa Teresa y la actual plaza Joan de Vilarrasa.

el espacio urbano transformado. Es interesante comprobar los edificios que han pervivido y aquellos que no, como el palacio, y preguntarse por los avatares que deciden su permanencia o su derrumbe. Del mismo modo a como la construcción del palacio de Parcent, en el s. XVIII, tuvo que significar una modificación importante en la trama urbana de entonces, las transformaciones urbanas no cesan y la fotografía se erige en el medio útil para registrar una realidad parcial actualizada y, en cierta forma, para constatar un hecho.

**«Puedes alejarte del dolor del mundo, eres libre de hacerlo y corresponde a tu naturaleza, pero quizá ese alejamiento sea precisamente el único dolor que tú podrías evitar.»**

**Franz Kafka**



2009. Jardín de Parcent visto desde la calle Santa Teresa.

**«La esperanza es un bribón, el más grande embustero, hasta que la perdí, no supe de la felicidad. Copiaré del infierno en la puerta del cielo: dejad toda esperanza los que entráis.»**

**Samuel Beckett (Adaptación de Chamfort)**



1965. Otra vista del antiguo palacio de los Condes de Parcent en la calle Santa Teresa. Fotografía de Carlos P. Moreno



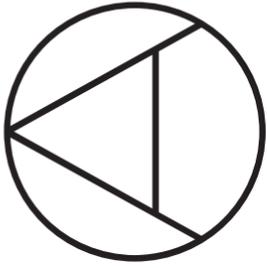
2009. Otra vista del Jardín de Parcent visto desde la calle Santa Teresa.



2009. Otra vista del Jardín de Parcent en la confluencia entre la calle Santa Teresa y la actual plaza Joan de Vilarrasa. Fotografía de Carlos P. Moreno



2009. Otra vista del Jardín de Parcent en la confluencia entre la calle Santa Teresa y la actual plaza Joan de Vilarrasa.



## RICARD PÉREZ CASADO

Xavier Aliaga

València com un ens «remot i molt gran». Als quinze anys, tornada a la ciutat, al barri de la Llum, «també remot i aïllat, un indret de fang en hivern i pols en estiu», rememora. Una adolescència, en un barri perifèric, on les excursions al centre de la ciutat eren tota una aventura i les entranyes de València, a Velluters, es coneixien com el barrio Chino, un entorn d'evocacions i connotacions obscures. Però també recupera el vessant més amable del monument de la falla del Pilar, motiu de religiosa visita anual.

valor juntament amb unes altres que sí en tenien, i molt, cas de palaus i immobles d'un interès cultural i arquitectònic considerable», afegeix. Però insisteix en què el redreçament humà dels barris era inajornable. «Haviem d'afavorir la presència dels joves, perquè això, en acabar, també beneficiava i millorava la condició de vida dels habitants més majors», explica, i relata una anècdota significativa: «Una senyora gran a qui li entregàrem una casa em digué: "Senyor alcalde, ja puc anar al comú jo

residencial jove i una mena de pacte entre generacions. A València, mentre, es dona una recuperació terciària, però no suficient, i l'administració municipal no tenia recursos suficients. Amb el Pla Riva, comptem amb diners de l'administració autonòmica, però no havia complicitat entre els àmbits privat i públic», argumenta. I no pot deixar de posar el procés en relació amb una altra de les seues experiències de gestió, la d'administrador per encàrrec de la Unió Europea de la ciutat de Mostar, en Bòsnia-Herzegòvina. «Com a gestor he tingut l'oportunitat de reconstruir un centre històric bombardejat. Teníem molts més diners que en València, però mancava l'ànima de la gent, la reconciliació no funcionava. Ací, mentre, l'àmbit relacional està intacte, però potser l'exigència dels veïns i la resposta dels agents privats, els promotors i propietaris d'edificis antics, no ha estat suficient. És una llàstima, perquè des d'un punt de vista de l'ocupació, els treballs artesans de rehabilitació tenen un valor afegit molt important».

Pérez Casado reivindica per convicció la vida en els centres històrics. «Resulta penós veure com encara s'està despoblant el centre històric tenint una trama urbana molt accessible i còmoda i un parc de vivendes susceptibles de ser rehabilitades. Ha d'haver complicitat entre els sectors públics i privats, però ha de ser el sector públic qui arrossega del carro», resumeix. Sobre Velluters, en concret, alerta del perill de convertir-se «en un ghetto, a causa del seu ús, si no s'actua enèrgicament en la qüestió de la rehabilitació». En aqueix sentit, contenidors culturals com el MUVIM poden exercir un paper dinamitzador. «Almenys és una proposta que hauria de tindre un paper dignificador, com la ubicació en el centre de l'IVAM o la UNED, que tenien eixe objectiu: fer més habitable, menys sospitosos l'entorn. I crec que ho aconseguirem, en part». «Som una ciutat molt autosatisfeta, molt orgullosa del seu passat, però poc compromesa. Recuperar Velluters implica que tots hem d'arrimar el muscle i, en el cas de l'administració, posar els recursos suficients», diu, a mode de conclusió.



Fotografia Miguel Lorenzo.

**«Som una ciutat orgullosa, però poc compromesa; per recuperar Velluters tots hem d'arrimar el muscle»**

Com a economista, però sobretot com a polític i alcalde de València en el període entre 1979 i 1988, Ricard Pérez Casado (València, 1945) ha estat un dels actors de les transformacions d'una ciutat, la seua, que té encara el centre històric i el barri de Velluters com un repte no resolt d'imbricació i relació amb l'entorn. Amb ell parlem dels seus records i vivències però, bàsicament, de la seua experiència de gestió i recuperació de la trama urbana històrica. Una tasca en la que va trobar a faltar majors recursos i una implicació més activa dels veïns i del sector privat.

Les percepcions primerenques de Pérez Casado, des de l'atalaia infantil del barri d'Arrancapins, són les d'una urbs «enorme», inabastable, i de la flaire a bullit de col emanada de les finestres de les cases humils. Però també rescata de la seua memòria sentimental i olfactiva, a mode de translació impossible al carrers de València del Jean Baptiste d'El Parfum, el torbador personatge de la novel·la de Patrick Süskind, les olors a fruites i verdures de rebuig, acumulades i podrides en els voltants del Mercat d'Abastos. Amb pocs anys, la família es trasllada a Nàquera, una menuda població la dimensió de la qual reforça la percepció de

Després vindran els anys de la presa de consciència política, amb les reunions al Cafés Valiente de la seua primera plataforma política, el Partit Socialista Valencià de Vicent Àlvarez, Valerià Miralles, Eliseu Climent o Ferran Zuriaga. Més tard, en la seua etapa formativa, el futur alcalde de València abandona la ciutat per estudiar ciències econòmiques a Barcelona i ciències polítiques i sociologia a Madrid. Però al seu cap està també el model de ciutat, la recuperació urbana, plasmada en un estudi sobre el barri de la Santa Creu, que té com a referència els progressos en matèria de recuperació i rehabilitació de la ciutat italiana de Bolonya. Estem en el despertar de la jove democràcia, quan les primeres cites electorals, a la Comunitat Valenciana però també a Espanya, posen en mans d'uns joves i inexperts quadres del PSOE la gestió de nombrosos municipis, València entre ells. «En el cap no sols teníem la recuperació arquitectònica», explica Pérez Casado, «sinó també el manteniment del teixit social i cultural, el teixit humà, productiu. Hi ha un intent de rejuenir la població del centre històric. Però el primer objectiu quan arribem a l'ajuntament és evitar la destrucció. Érem conservadors», confessa, i recorda que, com a tinent d'alcalde «vaig haver de parar un parell d'obres». És una tasca frenètica, a voltes desenfocada. «Es conservaven cases sense molt

a soles». És a dir: el tenia dins de casa, no compartit, i això li semblava una cosa extraordinària.

La recuperació arquitectònica comportava, al mateix temps, el rescat de fragments de la identitat històrica de la ciutat. Així, Pérez Casado fa constar que, tot i que molt poca gent ho tinga processat, el nom de Velluters fa referència als artesans de la seda. «València, fins la meitat del s. XIX, era una capital sedera, per això recorde amb satisfacció la recuperació de l'Arc Major de la Seda, una peça que era un referent, un element testimonial de la nostra història, la petja de què el barri de Velluters havia tingut un element productiu molt important». Peces i immobles, com ara la Beneficència, que «ajudaven a entendre com havia estat la ciutat fins al segle XX».

**«—Polonius: What do you read my Lord?**

**—Hamlet: Words, words, words.»**

L'antic alcalde, amb tot, reconeix que no s'arribaren a complir els objectius. «La iniciativa privada no va acabar d'entrar en la recuperació del centre històric, a diferència del que va passar a unes altres ciutats, cas del Barri de la Ribera a Barcelona, on hi ha una recuperació

### NOTA:

Las fotografías que ilustran el artículo «El Hospital General» de Josep Lluís Barona, en la página 6 de (sic) 01/12, corresponden al fotógrafo Vicente Barberà Massip (Valencia, 1871-1935). La referencia bibliográfica completa de la publicación de las que se extrajeron es: *Hospital Provincial: Valencia: 1927/[Fotografías Barberà Masip]-Irún; Madrid: G. V., 1927 [42] h.: principalmente lám.; 23 cm. Tit. Tomado cub. Pertenece al Archivo de la Diputación de Valencia y se encuentra en la Biblioteca del MUVIM-Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat. Una pequeña exposición con reproducciones de estas láminas puede verse en la planta sótano del MUVIM, junto a la torre islámica, acompañada de un audiovisual sobre la historia del lugar adonde se ubica el Museo.*

